

El velo prostituido y la espiga violada. La imagen de la mujer en *Jarrapellejos*, de Felipe Trigo

María Jesús ZAMORA CALVO. Universidad de Valladolid

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, en Europa occidental se produjo una eclosión de acontecimientos¹, que vinieron a reafirmar la supuesta naturaleza dual del eterno femenino. Al acceder a la clase burguesa, la mujer vio disminuida la multiplicidad de papeles y de responsabilidades a las que se había visto obligada en otras épocas. La mujer de clase media y alta pasa a depender económicamente de su marido. Por ello y a medida que avanza la época, se fue encontrando con más tiempo libre. Finalmente se vieron reducidas sus actividades a las estrictas de esposa y de madre educadora. La sociedad fue creando un tipo de mujer llena de encanto, de bondad y de delicadeza, siendo «tierna, débil, compasiva, tímida y coqueta Galatea» (Rousel 1775, citado por Bornay 1990, 69). Hacia el último tercio del pasado siglo, los intelectuales franceses Jules Michelet y Auguste Comte se hicieron eco de esta concepción sobre la mujer y, ahondando en la misma, fueron proclamando la cristiana misión de la mujer-monja, cuyo convento sería el hogar de la familia burguesa (Dijkstra 1994, 11).

Para proteger la institución matrimonial se impusieron unos severos códigos sexuales dirigidos de manera especial a la mujer. Este estado de cosas originó todo un ambiente sexofóbico en donde «el deseo carnal era algo que una mujer y un hombre de buena familia y educación no debían sentir» (Persall 1983, 15). Pero, debemos tener en cuenta que si la esposa hipotéticamente se acomodó a estos rígidos códigos, generalmente el marido no. Por ello, y también como contrapunto a la figura “mariana”, desvalida y añorada, de la mujer del siglo XIX, surgió el modelo de la mujer enérgica, voluptuosa, encarnada en la amante o la prostituta.

Sin embargo, esta supuesta dicotomía María-Eva es en algunos casos bas-

¹ En 1848, la segunda revolución industrial dio lugar a un espectacular enriquecimiento de la burguesía, que vino acompañada por un descenso en el poder adquisitivo de la aristocracia -al desprenderse de ella el poder económico- y una paulatina consolidación de los movimientos obreros que buscaron una respuesta a su miseria, a sus inhumanas condiciones de trabajo y a su inseguridad en el empleo. (Kinder & Hilgemann 1988; Palacios Bañuelos 1990).

tante artificiosa, ya que en una misma mujer podían encarnarse la doble moral dominante en esa época: de cara a la sociedad se mostraría como ángel lleno de castas virtudes, mientras que en su intimidad sus besos se escaparían detrás del amante. A fin de cuentas, lo que esta hipocresía pone de manifiesto es la opresión sexual a la que se ve sometida la mujer a comienzos de nuestro siglo.

A este respecto, fue Felipe Trigo (Martínez San Martín 1983 y 1988; Conte 1975, IX-XIX; Fernández Cifuentes 1982, 74-96; Mainer 1972, 59-76; y García Lara 1986) el que se encargó de realizar una visión panorámica de la burguesía de principios del siglo XX, concentrándose «en la sociedad española, especialmente en su aspecto emocional, en la esclavitud de la mujer, en las absurdas libertades del hombre, en la educación anticuada, en los conceptos medievales del honor y la virtud, en el poder tiránico del cacique en la provincia y en la mentalidad de Tenorio del varón español» (Ton 1952). Para Felipe Trigo, la relación sexual era una metáfora del falseamiento del resto de las relaciones sociales; sólo así se explican el prejuicio sobre el honor y la virginidad, el temor a la maledicencia, la reducción de la mujer a un gineceo, etc., como atentados contra la libre actividad del individuo (Mainer 1972).

Toda esta crítica se hace más mordaz y virulenta en su novela *Jarrapellejos*². En ella Trigo trata el problema del caciquismo, de los abusos y de la inmoralidad de los poderosos. En esta novela se encuentran perfectamente fundidos «las dos grandes áreas temáticas que (Trigo) desarrolló a lo largo de su producción literaria: cuestión sexual y cuestión social» (García Lara 1986, 249). Sexualmente, descubrimos en *Jarrapellejos* un erotismo bajo el cual se describe «una realidad violenta, atormentada [...] y es más sombría la pintura cuando la sangre y el crimen aplastan toda posibilidad de futuro» (Conte 1975, XVIII). Desde el punto de vista social, Trigo nos muestra la vida de una colectividad rural, presentando varias historias entrelazadas y enlazadas todas ellas por la omnipotencia de Jarrapellejos, dueño y señor de La Joya, elemento obstaculizador de todo progreso nacional y hasta privado. El cacique maneja todos los hilos de la política local y compra, por las buenas o por las malas, a las mujeres que desea. La novela refleja la vida vana y superficial del pueblo, con una juventud carente de ideales, que se aburre, donde reinan los prejuicios más ancestrales. Ya desde las primeras páginas podemos percibir un violento contraste entre la ociosidad de las clases acomodadas y el eterno sufrimiento de los desheredados de la fortuna.

Dijéranse los locos de un inmenso manicomio suelto por el valle, Orenca y Pedro Luis, cerca, lejos, en todas las ondulaciones del terreno y a todas las distancias, los veían correr medio sepultados en las mieses, agitando palos, cuerdas, látigos y mantas..., al mismo tiempo que daban gran-

² Fue publicada en 1914. A la hora de citar fragmentos pertenecientes a dicha obra hemos utilizado la edición de Ángel Martínez San Martín, impresa en Madrid, en la editorial Austral, en 1988.

des voces. Tan ciegos se empeñaban en la lucha que algunos, ya desesperados, con sus furiosos trallazos a diestro y siniestro, causábanse más daño que el que intentaban evitar. Felices los que para el ardor de su trabajo contaban con familia numerosa. Las hijas y las mujeres, despojadas de sus faldas, a falta de otra cosa, sacudíanlas por el aire. Los niños, hasta los tres años, con tal de que supieran tenerse en pie, corrían y chillaban también en ala, levantando polvaredas de langostos. [...]

Eran familias enteras, eran los tristes derrotados, en éxodo hacia el pueblo, en éxodo hacia el hambre... Cruzábanse entre los que seguían enloquecidos en la batalla, sin que unos a otros concedieran atención en la urgencia o el dolor de su egoísmo, y cruzaban igual el puente, al pie del coche, sin notarlo, muertos de pena, y sin que tampoco el contristado y poderosísimo señor Jarrapellejos osara turbarles con vanas frases de consuelo la majestad de aquella angustia.

Orencia lloraba de nuevo con gran fe. Persuadida de la ineficacia del humano auxilio ante la magnitud de la catástrofe, y pensando que debería irse a La Joya para organizar a escape rogativas, se lo dijo a Pedro Luis:

— Bien; sí; bueno; como quieras. Aunque creo que eso es mejor para la lluvia... (Trigo 1988, 49-50).

La imagen de la mujer en *Jarrapellejos* se moldea, o bien como símbolo de la hipócrita moral imperante en la época, o bien como víctima de la violencia, de la prostitución, de la ignominia, etc. Por lo tanto, los personajes femeninos en esta novela se pueden dividir en dos grupos: las "señoras" (Orencia, Purita Salvador, Ernesta, etc), que llevan una doble vida para satisfacer sus apasionados impulsos sexuales; y las "humildes", que sólo sirven para que los señoritos se diviertan con ellas. Un caso a parte es el de Isabel, que rechaza a todos los ricos deseosos de comprar sus favores y que representa el "amor verdadero".

En *Jarrapellejos* encontramos englobadas tanto a la aristocracia como la alta burguesía en el mismo nivel acomodado dentro de la sociedad de principios del XX. Ya desde los primeros capítulos captamos que Felipe Trigo personifica en la mujer burguesa la imagen de una clase social superior. Vicios y virtudes entran en la retina del cuerpo social a través de sus comportamientos y actitudes.

Con respecto al matrimonio, Trigo pinta una visión triste del mismo. En la mayor parte de los casos resulta ser un medio para consolidar un falso prestigio social. Así, por ejemplo, Ernesta accede a casarse con un viejo conde para disponer de un título nobiliario, rechazando el amor de Octavio, un joven burgués con pretensiones revolucionarias (Trigo 1988, 183 y 189). En otras ocasiones sirve para encubrir la pérdida de la virginidad y avanzado embarazo, como se pone de mani-

